

NUESTRAS BELLEZAS



Foto Meli

**SEÑORITA
JOAQUINA BADET**
FIGUERAS (AMPURDÁN)

VARIOS ASPECTOS Y MOMENTOS DE ROSAS

POR MIGUEL ALABRÚS

ESCRIBIMOS estas notas desde Rosas, después de la festividad de la Asunción. Pasó la fiesta mayor de Rosas pero continúan llenos de turistas los hoteles y fondas de la primera población del golfo ampurdanés. El 40 por ciento de la «colonia» es íntegramente extranjero, en su mayor parte compuesto de franceses y de ingleses. Hay otro 40 por ciento de veraneantes rosenses que proceden en su totalidad de Figueras. El restante 20 por ciento de personas que pasan el verano en Rosas es el de aquellos individuos de ascendencia ampurdanesa que normalmente viven en Barcelona o en otras ciudades de la región y que vienen y radican en este inolvidable lugar del Ampurdán dos o tres meses al año porque no quieren que se diga de ellos que han perdido la naturaleza de origen.

Cuatro años atrás iban a Rosas las mismas personas. Algunos, pocos, tenderos e industriales figuerenses cuyos intereses eran también compatibles en Rosas. Aún los turistas extranjeros no habían descubierto esta encantadora bahía. El grueso de los figuerenses que se desplazaban a las playas de nuestra Costa, se dirigía en tren a Llansá, Grifeu, Garbet, Culera o Port-Bou. Desde entonces ha habido un notable acercamiento entre Figueras y Rosas. Sobre todo este año, que hemos podido comprobar que el servicio concesionario de autobuses «Gómez y Paltré, S.L.» de esta línea ha sido perfecto, Rosas se ha puesto mucho más al alcance de todos los figuerenses y ampurdaneses.

El elemento juvenil de la colonia

En Rosas, como en otras partes, hay días de todo. Se pasan días aburridos y otros no tanto. Pero siempre hemos creído que el aburrimiento ya lo llevan encima ciertas personas cuando se disponen a empezar las vacaciones. Y la persona hace el ambiente. Sin embargo, Rosas tiene cualidades y muchos resortes para vencer el fastidio, cansancio, tedio o pesadez. La relación con las señoritas veraneantes siempre es un aliciente para pasar el tiempo y ahogar las penas. El aburrimiento que se entrevé más este año en Rosas es el que origina aquel deseo insatisfecho o cumplido a medias. El ansia de ser originales es lo que nos amarga la existencia. Con lo fácil y saludable que es la relación y compenetración normales entre propios. Pero nos empeñamos en buscar lo extraño y lo exótico nos abate, porque nos viene grande y no estamos acostumbrados a ello. En Rosas flotan esta temporada unos grupos considerables de estudiantes franceses e ingleses de ambos sexos. Los jóvenes españoles de la «colonia» se desviven para conseguir la confianza de las muchachas extranjeras. Algunas señoritas de la «colonia» se arreglan la cabeza cuatro veces al día para lograr la amistad de los estudiantes franceses. Y siempre ocurre lo mismo: que el verano pasa volando. Y, a la hora de la verdad, sólo los estudiantes franceses e ingleses, ellos y (pasa a la pág. siguiente)

AGOSTO ACABA EN LLAFRANCH

POR MARÍA RIBOT

PARA empezar debería justificar el título que posiblemente es demasiado estilizado. Agosto acaba en Llafranch me recuerda vagamente, por la construcción de la frase, la letra de un bayón, ese bailable brasileño tan de moda. Agosto acaba en Llafranch habría podido ser el título de un baión o una samba con una música cualquiera, pero bailable, como muchas de las que suenan en Llafranch por los días 30 y 31 de agosto.

Cuando termina agosto y termina también el veraneo que podríamos llamar oficial, empieza la fiesta mayor de Llafranch. Entonces se produce allí una gran concentración de pantalones «Texas» de ambos sexos, de coches de todas marcas y en fin, de una gran variedad de toda clase de gentes con la piel más o menos canela.

Como casi todas las fiestas mayores se caracteriza por una relativa abundancia de música bailable. La juventud siempre tiene ganas de saltar o de bailar. El año pasado, tanto a lo largo de la costa como tierra adentro, todos decían cantando que tenían ganas de bailar al nuevo compás. La juventud se divierte de una manera espontánea, un poco inconsciente, a veces con una franqueza brutal.

La playa de Llafranch, al pie del cabo de San Sebastián, tiene una forma y proporciones bastante equilibradas. En este país, de playas diminutas al lado de grandes montañas, o al revés, siempre es sorprendente hallar, como en este caso, una tan armoniosa conjugación entre playa y montaña. San Sebastián, con todo y caer literalmente sobre Llafranch, no deja notar demasiado su peso sobre la playa, no la aplasta. El vuelo de la ola, la curva de la arena, tiene la anchura suficiente, la justa medida para contrapesar el volumen de la montaña.

Contribuye también a este resultado la orientación, sensiblemente de N. a S. que tiene la montaña, por lo cual su sombra se proyecta sobre la playa por la mañana, que es cuando hay más luz, por la tarde el crepúsculo es largo, con el sol que la montaña refleja.

Entre la gente del país, Llafranch tiene una reputación de playa distinguida, de cosa fina y refinada, artificial. Llafranch es demasiado bonito, se oye decir. En el lenguaje figurado y familiar es llamada «la platja dels senyors». Esto, para los que conocen las variantes del habla local, tiene un matiz muy peculiar.

En otro tiempo, pocos años atrás, aún los payeses iban a la fiesta de Llafranch en carros y tartanas, en grandes grupos familiares.

(continúa en la pág. 5)